

Poesía religiosa de Chile

Hugo Montes

Es de lamentar que no exista una antología nacional de poesía religiosa. La verdad es que escasean casi del todo las selecciones poéticas especializadas según una temática precisa. Los antologadores han preferido parcelar por épocas a obras y autores, y así tenemos antologías poéticas del siglo XIX, de medio siglo, propiamente contemporáneas, etc. Ignoramos, además, si se ha escrito algún estudio acerca de la poesía religiosa en el país. Personalmente interesados en el tema, hemos iniciado un Seminario en el Departamento de Castellano de la Universidad Católica de Chile, y aun publicado, en réplica a una afirmación excesivamente rotunda y negativa de un crítico chileno, un breve artículo de prensa bajo el título “¿Hay poesía religiosa en Chile?” (*El Mercurio*, 18 de septiembre de 1968). Dada tal penuria de estos antecedentes, estas líneas —escritas en medio de otros ineludibles compromisos académicos— serán sólo una asomada a la materia. ¡Ojalá el intento despierte inquietud en estudiosos de nuestra literatura, que se manifieste en nuevos aportes a un tema que ciertamente merece ser abordado de modo exhaustivo!

* * *

Ercilla elabora *La Araucana* en términos que rezuman una insistente e intensa preocupación religiosa. De principio a fin, la obra invoca a Dios para que proteja a los cristianos que luchan en Arauco; a El se dan gracias por los triunfos obtenidos; en la divina Providencia se pone la mejor confianza de salir airosos los cristianos de peligros sin cuento. La guerra es vista como castigo divino por el mal comportamiento de los españoles, se caracteriza a los araucanos por ser gente “sin Dios ni ley aunque respeta / aquel que fue del cielo derribado” (I) y se dice de ellos que no conocen los pecados (atribución muy comprensible si ellos no tienen ley moral ni divina). Esta actitud tan negativa contrasta con la que Ercilla tiene respecto de los indígenas desde otros puntos de vista y, sobre todo, con la que en materias religiosas tendrán diversos escritores coloniales, entre ellos —según se ha de ver— el mismo Pineda y Bascañán.

Ercilla ve la conquista de Chile como tarea misionera. Almagro vino a Chile para “extender y ensanchar la fe de Cristo” (I). Esta victoria, sin embargo, estaba reservada a Pedro de Valdivia (I). Dios socorrió a Valdivia en Andalién, “como en todas las demás (batallas) le había acorrido” (I). La muerte del primer Gobernador tiene lugar en medio de furiosos combates, al cabo de los cuales “sólo quedó Valdivia acompañado / de un clérigo que a caso allí venía” (III). La muerte junto al “clérigo de misa” es como un símbolo de la unión de cruz y espada que preside en alta medida la tarea de los conquistadores.

En las disquisiciones ético-filosóficas con que el autor inicia, siguiendo modelos italianos, cada uno de sus Cantos, es fácil apreciar el sentido religioso de la vida que preside nuestra epopeya. Baste citar la primera estrofa del Canto V:

*Siempre el benigno Dios, por su clemencia,
nos dilata el castigo merecido
hasta ver sin enmienda la insolencia
y el corazón rebelde endurecido
y es tanta la dañosa inadvertencia
que, aunque vemos el término cumplido
y ejemplo del castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.*

Ello a propósito de no haber escarmentado los españoles con la muerte de Valdivia. El análisis de la citada estrofa y de otras análogamente colocadas en el comienzo de diversos Cantos permite comprobar fácilmente la aseveración acerca de la honda religiosidad de Ercilla. Claro que muchas de estas reflexiones son lugares comunes literarios y morales, mas ellos, en cuanto están cabalmente aplicados a situaciones concretas de la guerra de Arauco, bien dicen de la cosmovisión del autor. Todos, por lo demás, coinciden con otros textos que no podrían ser estudiados a la luz de la tópica poética.

Los designios de Dios, sin embargo, se cumplen por intermedio de la Naturaleza, la cual es así el brazo instrumental de la divina Providencia. La afirmación es importante para comprender la no inclusión de episodios maravillosos y milagrosos en la obra. Si alguna vez ocurren, es por excepción, todo en armonía con el carácter verista y realista de la épica española a partir del *Poema del Cid*. Ahora, dice Ercilla, hay pocos milagros porque hay pocos santos y porque la ley cristiana está “autorizada”, es decir, generalizada y oficialmente sancionada en el mundo occidental. Dios “quiere y procura / hacer su voluntad naturalmente, / sirviendo de instrumento la Natura / sobre la cual El sólo es el potente” (IX). Estas observaciones de Ercilla preparan curiosamente una doble directa intervención sobrenatural, narrada en el mismo Can-

to IX. La primera es de Eponamón, que en forma de dragón horrible, se presenta a los indígenas y los insta a caer con prisa sobre el pueblo español amedrentado. La segunda es de una mujer “cubierta de un hermoso y limpio velo”; viene “con tanto resplandor, que al mediodía / la claridad del sol delante della / es la que cerca dél tiene una estrella”. Es la Virgen, que con voz blanda y delicada ordena a los indígenas regresar al Sur y desistir de la persecución a los cristianos, a los cuales “Dios quiere ayudar... y darles mando y potencia”. Está a la vista el contraste entre la figura horrenda y la angelical, entre el temporal que enmarca la voz de Eponamón y la limpidez de cielo desde el cual habla María. Los araucanos obedecen y los españoles se salvan. Todo, un símbolo de la superioridad de la religión verdadera.

Entre los múltiples episodios denotadores del catolicismo impregnador de *La Araucana*, es del caso destacar el bien conocido de la muerte afrentosa de Caupolicán. Está presentada en el Canto XXXIV. El terrible toqui se convierte al cristianismo y promete, en caso de conservar la vida, establecer la ley de Cristo entre los suyos. La conversión es obra de la Gracia y opera instantáneamente:

*Pero mudóle Dios en un momento,
obrando con él su poderosa mano,
pues con lumbre de fe y conocimiento
se quiso bautizar y ser cristiano.*

Caupolicán, ya convertido, no acepta que en la cristiandad se cometan injusticias, como las que con él se están cometiendo, y rechaza el comportamiento de sus ahora hermanos en religión. Es de interés observar la dualidad de sentimientos que nace entre los españoles frente a su muerte. En cuanto con ella desaparece un feroz enemigo, no puede sino alegrarlos, mas en cuanto él es ya un fervoroso cristiano tratado cruelmente no pueden sino sentirse tristes y apesadumbrados. El punto daría para un análisis psicológico del mayor interés.

Si pudiera resumirse en un verso toda esta actitud de religiosidad cabal e intensa, podría citarse uno del Canto XV, en que el poeta, refiriéndose a Dios, expresa: “*Que a vuestra voluntad todo está sujeto*”. Es el momento de la travesía por los mares del sur, cuando arrecian temporales y dificultades sin cuento. La subordinación a la voluntad y al poder divino, la resignación que implica superior sabiduría y la confianza en la divinidad tienen en dicho verso una manifestación sintética e indubitable.

No se piense, luego de las anteriores referencias, que la religiosidad de Ercilla es un tanto general y vaga, de un cierto deísmo y providencialismo sin mayores implicancias propiamente eclesiásticas. No, el autor va más lejos y

habla directamente de Jesucristo y de su pasión, de las órdenes religiosas y de los clérigos, alude con frecuencia a la Biblia. El mago Fitón, que le muestra el mundo, señala oportunamente el sitio donde nació Jesús y el sitio en que se alza un templo (El Escorial) digno de su majestad. Haciéndose eco de toda la historia de la Reconquista, en la estrofa 14 del Canto XXIV, alude Ercilla a las manos humanas que guiadas por las de Dios son capaces de quebrantar el orgullo y el furor mahometanos. Es una visión de cruzada, de alto interés en cuanto muestra al Ercilla renacentista sumado a la visión medieval de combate al infiel y su nueva expresión en la lucha de los cristianos (especialmente españoles) contra los hombres del Oriente pagano. Es la estrofa 17 del mencionado Canto:

*Sólo os ruego que, en Cristo confiando,
que a la muerte de cruz por vos se ofrece,
combata cada cual por El, mostrando
que llamarse su milite merece;
con propósito firme protestando
de vencer o morir, que si parece
la victoria de premio y gloria llena,
la muerte por tal Dios no es menos buena.*

Habría que citar todas las estrofas vecinas a la anterior para mostrar la plenitud de esta fe militante y misionera. Y dentro precisamente de tal contexto, permítase la cita de una estrofa del Canto XIII, en que aparecen los frailes junto a los soldados; unos y otros son necesarios en la empresa de América:

*Otro escuadrón de amigos se me olvida,
no menos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes, provisos, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
franciscos, dominicos, mercedarios,
para evitar insultos de la guerra,
usados más allá que en otra tierra.*

Llegado ya el poeta a los confines entonces conocidos de Chile, luego de una penosa travesía, muestra con auténtico recogimiento su gratitud y la de sus compañeros al Dios que los ampara:

*Luego, pues, en un tiempo arrodillados,
llenos de nuevo gozo y de ternura,*

*dimos gracias a Dios, que así escapados
nos vimos del peligro y desventuras.*

(XXXV).

El Canto postrero del poema es como una síntesis interunificadora de la religiosidad por todo él derramada. Se ve la guerra fratricida entre españoles y portugueses como una lucha en la cual se rompe el vínculo cristiano y —más ampliamente— toda la guerra es vista desde un ángulo teológico, como una consecuencia de la naturaleza caída por el pecado. Se rechaza por anticristiana la subordinación de los acontecimientos históricos a la ciega fortuna, ya que todos están ordenados por la Suma Providencia, y se pide fuerza y ecuanimidad al “Eterno Padre Soberano”, “pues en Vos y por Vos todo es movido”. Dios es Autor de la Vida y a la vez quien prevé el día justo de la muerte. El hombre ha de llegar a ella preparado, arrepentido de sus pecados, confiado en la clemencia divina. La vida del hombre debe entenderse como una gran preparación, en la penitencia, para el encuentro con Dios. El poeta participa de estas ideas vital y personalmente y ofrece el tiempo que le resta al Señor eterno. Obsérvese la gradación que esto implica: lo que empezó dedicado al Señor en la tierra (el poema) se amplía (toda la vida) y se dedica al Dios de cielos y tierras. Son las dos estrofas postreras, que nos permitimos reproducir:

*Que, aunque esto haya tardado de mi parte,
y a reducirme a lo postrero aguarde,
sé bien que en todo tiempo y toda parte
para volverse a Dios jamás es tarde;
que nunca su clemencia usó de arte,
y así el gran pecador no se acobarde,
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
es olvidar la ofensa y no el servicio.*

*Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que lllore y que no cante.*

La religiosidad de Pedro de Oña es diversa. Está —pensamos en primer término en su *Arauco Domado*— mucho más vinculada, desde luego, a la mi-

tología grecolatina. En sus Cantos abundan los dioses olímpicos y los dioses menores, divinidades de los bosques y las aguas, del aire, del amor, mil incógnitas deidades, como dice en una ocasión. La mitología se mezcla fluida y naturalmente en sus estrofas con la fe en el Dios cristiano. Dios, según el poeta chileno, mantiene el orden en la naturaleza, y así los hombres pueden estar tranquilos ante los embates del mar, que no le permite el Señor, aunque brame, “que por el ancho suelo se derrame” (III). Es propio, no obstante, que el hombre tema el peligro y que, puesto en él, recurra al Señor en oración de petición. Es lo que precisamente ocurre en el Canto señalado:

*Quién a la religión se ofrece en voto,
quién el fervor divino apriesa invoca,
quién con el sacro símbolo en la boca
de todo corazón está devoto.*

Las tendencias barrocas de Oña lo llevan a retruécanos curiosos, a antítesis en las que religión y mito andan confundidas. En la angustia de la tempestad marina, apostrofa a Neptuno preguntándole por la causa de su enojo, y como para amainarlo le hace notar que en las naves españolas no viaja Ulises sino el capitán don García Hurtado de Mendoza, portador de luz a los indígenas ciegos en cuanto carecen de fe. Vale la pena recordar el texto, siempre del Canto III:

*Aquí no va quien hizo ciego el ojo
del cíclope tu hijo Polifemo,
mas otro, que por dar a ciegos vista,
tus muros quiso entrar a escala vista.*

Los aborígenes, en efecto, aparecen como pecadores, idólatras, sepulcrales de la fe (I). En el Canto II se les muestra en sus invocaciones a Pillán, “espíritu maligno”; al falso Eponamón, al Ibunché negativo. Su consulta páfida es presidida por “mágicos expertos” y por “falsos agoreros”. Se les hace aparecer en la sombra, en ocultos agujeros, escrutando nefandos vaticinios en sabandijas torpes; todo ello, como consecuencia de su falta de verdadera luz, del Sol supremo. En una visión ciertamente más negativa que la de Ercilla, llega a decir que “todos los siete vicios capitales / aquí los libres bárbaros abrazan”. El contraste con los cristianos, purificados por las aguas bautismales no podía dejar de ser usado por el autor:

“¡Oh ciega confusión del barbarismo, / oh gente muchas veces desdichada, y más que muchas, bienaventurada / la que recibe el agua del bautismo!”.

Ante esta situación tan nefasta, tan dañina, tan imposible de sufrir por el cristiano, la venida del español cristiano aparece con ribetes de salvación

aún más acentuados que en Ercilla. En el Canto IV don García recuerda al Señor que su compañía sólo viene a Chile a plantar la fe sagrada. Y, si cabe, ello se explicita aún más, según se ve en los siguientes versos:

*La cifra dellas fue certificarlos
que sólo era su blanco y su motivo
hacer que conociesen un Dios vivo
que quiso con su sangre rescatarlos.*

Esta alta tarea es el principal título legitimador de la conquista, y sólo a ella deben dedicarse los españoles (VIII).

Extremarse en el amor a Dios es, a juicio del autor, el único extremo lícito. Por eso, y por el alcance ejemplar del gesto, el poeta alaba en el Canto III a Hurtado de Mendoza por su decisión de echarse al suelo ante el paso del sacerdote portador del Santísimo Sacramento. Es una ocasión más para que Oña se goce en los contrastes: el que lleva a Dios en la mano puede tratar con el pie al cristiano, tiene más mérito que se humille quien procede del más alto linaje, etc. El carácter didáctico del hecho es subrayado mediante la reiteración de la idea: "para dar ejemplo al indio que atendía... para dejar al bárbaro enseñado".

La muerte es consecuencia del pecado y no acción de Dios (XII). El tópico de su poder igualador es presentado de modo explícito:

*A todos lleva Dios por su rasero,
al grande, al chico, al próspero, al mendigo,
que todos han de ser en esto iguales
así como lo son en ser mortales.*

(XII).

En *El Vasauro* la religiosidad de Pedro de Oña aparece intensificada. Los personajes mismos, encabezados por Isabel la Católica, están presentados a la luz de su riguroso cristianismo. Ella está destinada por el cielo a un gobierno salvador, a ser luz y guía de sus vasallos, a servir de ejemplo a todo el mundo. El providencialismo se acentúa y cuanto ocurre es mostrado como efecto de la voluntad divina. Es alabado el Tribunal del santo oficio, la conquista de Granada tiene una significación básicamente religiosa. La causa de Dios se identifica con la del creyente, de modo que —por ejemplo— la labor de la Reconquista es al mismo tiempo que servicio a España servicio a Dios. El Señor quiere la reconquista del suelo español. Dios es quien salva en las batallas, y a El por lo mismo se han de dar las gracias por cualquier triunfo. La guerra es castigo del cielo. Menudean las alusiones bíblicas y se recuerda que Dios suele hablar en sueños al hombre. Se evoca el nacimiento de Jesús en Belén,

se rinde un homenaje a la Santísima Virgen María, se muestra un templo catedralicio, se habla con veneración de las reliquias de los santos y de la Eucaristía. La reina Juana entra, en Coimbra, al monasterio de Santa Clara y prácticamente no hay Canto en que no se den gracias al Altísimo o no se muestre en una forma u otra un espíritu de resignada confianza y de absoluta fe en los designios providenciales. La mera lectura del poema permitirá comprobar estos asertos; por lo mismo y para evitar una prolongación innecesaria de este artículo omitimos las citas respectivas. Permítase, no obstante, una relativa a un punto no destacado y de gran interés: el explícito deseo de una monarquía universal del Obispo de Roma. En la estrofa N^o 30 del Libro VIII, se lee lo siguiente:

*Quisiera que volando el Mar Tirreno
del Vice Dios besasen la sandalia
el persa, el indo, el turco, el agreno
y fuesen grey del gran pastor de Italia.*

Son palabras puestas en boca del rey Fernando, cuya ambición enorme, según el poema, no lo es de glorias mundanas, sino de propagar la fe *urbi et orbi*. Constituyen un verdadero símbolo, una cabal síntesis en todo caso del espíritu misionero y heroico, universalista, católico, que preside *El Vasauro*. Tal actitud tiene una contrapartida precisa en el fanatismo de muchos moros, para quienes su causa es también una causa santa. Buen ejemplo de ello aparece al final del Libro VIII recién aludido, en que un árabe decide matar a los Reyes Católicos como homenaje a su Dios. Allah le habría encomendado tan memorable empresa. La intervención de Beatriz evita que cumpla sus propósitos, mas su intención puesta en obra bien revela su extremada adhesión al credo que profesa.

Permítanse, en fin, breves citas del Libro IX, representativas de la suma religiosidad de *El Vasauro*: “Id, pues, y castigad al mauro fiero; que es Dios verdad, y es alma de este acero... Mi Dios, de mano tuya son las palmas y sólo tú eres lince de las almas... que como no le lleve o no le mueva el viento de ambición, sino la gloria de Dios, irá derecho a la victoria... busca no su honor mas el divino si a la victoria corre, así conviene; y si a la muerte vuela eso convino...”.

El remate de la obra sintetiza también la intensa religiosidad que desde el comienzo la traspasa. Los cristianos han conquistado el último reducto árabe de la península (unidad de fe para el país y acción de gracias de los Reyes y sus vasallos); dos personajes musulmanes se convierten al catolicismo, Fátima de Alhama y el Zagrí de Málaga; el triunfo español se celebra en toda la cristiandad, particularmente en España que se vuelca en peregrinación al templo de Santiago, patrono del reino.

Innecesario en este momento es destacar la religiosidad del tercer gran poema de Pedro de Oña, el *Ignacio de Cantabria*, ya que todo él es un himno al fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola.

La religiosidad de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, el afamado autor de *Cautiverio feliz*, presenta una fisonomía peculiar frente a la vista hasta ahora en Oña y Ercilla. Es, en efecto, la de Núñez de Pineda, una religiosidad más íntima, más personal, más vecina a la del hombre común y corriente. En su prisión a manos de los indígenas tuvo la oportunidad de convivir largo tiempo con los araucanos, y supo apreciarlos y hacerse entre ellos de verdaderos amigos. Su pesar, por lo mismo, ante el desconocimiento aborigen de la fe de los cristianos lo desazonaba, lo angustiaba. Al mismo tiempo comprendía mejor que los poetas épicos la buena voluntad y la ignorancia de quienes decían Pillán y no Dios. Precisamente en una oportunidad en que está adoctrinando a un indiecito lleva a éste a transferir su búsqueda sobrenatural de la divinidad falsa a la verdadera. No se rechaza en este proceso a Pillán, sino que se le “transforma” en el Dios revelado. Este es un ejemplo del respeto y de la amplitud de miras, no menos que del afán catequético del autor.

Mas, ciñéndonos precisamente a los textos poéticos, es del caso agregar que Núñez de Pineda intercala en su obra diversas composiciones en verso, todas de índole religiosa, denotadoras de su amor a la divinidad, a la Virgen María, a la tradición bíblica.

Interesante es el siguiente romance en que pide misericordia al Señor:

*Que no me arguyas pido,
Señor, a tu grandeza
ni en tu rigor airado
me pidas larga cuenta.
Habe misericordia,
sana los huesos duros
que con culpas se mezclan.
El ánima turbada
está con tal violencia
que faltan los sentidos
¿y tú, Señor, me dejas?
Trueca mis pensamientos
y líbrame con fuerza,
por tu misericordia
sáname la conciencia.
Porque no hay quien se acuerde
de ti en la muerte eterna.
¿Y quién en el infierno
alabará tu alteza?*

*Trabajando en mi llanto
 adornaré mis mesas
 y al lecho que me ampara
 daré lágrimas tiernas.
 Las luces perturbadas
 con el furor se muestran,
 que entre mis enemigos
 me envejecieron penas.
 Los que obráis insolentes
 quitad de mi presencia
 porque el Señor del mundo
 ha escuchado mis quejas.
 Oyó mis rogativas,
 admitió mis promesas
 porque las oraciones
 sus sentidos penetran.
 Todos mis enemigos
 avergonzados sean,
 conviértanse veloces
 y ríndanse con fuerza.
 Gloria demos al Padre
 y al Hijo de su diestra
 con el Espíritu Santo
 que para siempre reinan.*

El texto, con altibajos estéticos, tiene cierta fuerza vecina a la de los salmos, tanto en la parte propiamente penitencial cuanto en la relativa a la petición de que los enemigos sean confundidos (avergonzados).

También después de la prisión y como modo de agradecer la libertad, escribió el siguiente soneto a la Virgen María:

*¿Quién hay, Señora, que valerse quiera
 de vuestro santo nombre, que no alcance
 con lágrimas orando al primer lance
 lo que imposible al tiempo pareciera?*

*¿Quién hay que en vuestras manos se pusiera,
 Virgen sagrada, en peligroso trance,
 que en el mayor trabajo no descansa
 y su esperanza fin dichoso adquiriera?*

*Bien manifiesto está en mi larga suerte,
 pues que entre tantos bárbaros contrastes
 quisisteis libertarme de la muerte.*

*Gracias os doy, ya fuera de debates,
estimando el favor, y si se advierte,
jamás imaginado entre rescates.*

Y en fin el más delicado de los poemas de Núñez de Pineda, también de inspiración mariana:

*Son las selvas hermosas;
hermosos son los prados y riberas,
y las flores vistosas
hermosísimas son, en primaveras;
en lo verde, las gramas son primeras
si no son olorosas,
y las piedras preciosas
hermosas son también, y en sus esferas
los astros son hermosos y eslo el día,
mas vos, Virgen María,
sois más bella que el sol y las estrellas,
pues sólo vuestras huellas
exceden la hermosura de los prados,
atropellan las flores,
perdiendo sus colores,
y los astros parecen desmayados,
por que vos, Virgen pura,
el non plus ultra sois de la hermosura.*

Para no alargar en exceso el presente trabajo, omitimos cuanto pudiera decirse acerca del tema en otros escritores coloniales. Alonso de Ovalle, Diego Rosales, Miguel de Olivares, Molina y Lacunza —jesuitas todos ellos— tuvieron una fe honda, a la luz de la cual interpretaron su vida y dieron sentido a su quehacer de escritores. Mas escribieron en prosa y sobre temas históricos, científicos y teológicos. Por ello y por la razón antes dada, no analizamos sus obras, testimoniadora en conjunto de la estrechísima relación que hubo en el Chile anterior a la Independencia entre fe y ciencias y artes profanas.

Ciertamente, la situación es diversa luego de la Independencia. El país recibe, igual que otros del continente, corrientes ideológicas que lo alejan de su firme tradición cristiana. El liberalismo produjo un impacto cuya repercusión en las creencias católicas no ha sido aún científicamente determinado. De hecho, sin embargo, muchos poetas con los cuales propiamente se inicia la lírica del período republicano continúan en una cosmovisión absolutamente concordante con los principios y la ética del cristianismo. Así, doña Mercedes Marín de del Solar, Guillermo Blest Gana y otros. Nos limitaremos a indicar

sus composiciones más representativas desde el ángulo que ahora nos interesa y transcribiremos una que otra de ellas.

Don Andrés Bello incursiona por lo religioso de un modo estrictamente literario, es decir, sin una motivación personal intensa. En su contacto con la poesía francesa llega con especial admiración a Victor Hugo, del cual traduce o imita "La oración por todos" y "Las fantasmas". En aquél se alude de un modo sereno y elevado al Padre universal, al Cristo que por todos expiró en la cruz, al Dios eterno que es Grandeza y Bondad. Siempre dentro de sus afanes literarios, cabe citar la traducción bajo el título "Miserere" del Salmo 50.

Contrasta con esta posición un tanto fría y externa, la actitud de doña Mercedes Marín, la que en el soneto "La existencia de Dios" reclama contra el impío moderno que transforma a Dios en el Universo, y que en su poema "Dulce es morir" entra en sentidas consideraciones acerca del consuelo superior de la fe viva, de la observancia estricta de la ley cristiana y del encuentro en el amor con el Dios uno y trino. Dice en una de las estrofas:

*Dulce es morir, cuando al fijar los ojos
de Jesús en la imagen dolorosa,
resuena en los oídos la amorosa
voz de grato perdón;
y de un amor ardiente los despojos
da el alma, en dulce llanto sumergida,
bálsamo saludable, que la herida
cura del corazón.*

La posición de Salvador Sanfuentes está más cerca de la de Andrés Bello que de la de su compatriota. Su religiosidad es tenue y vaga, general, "literaria". Así, por ejemplo, cuando en la leyenda "El campanario" imagina que el hermoso cuerpo de Leonor es "la obra mejor del Hacedor divino". Es sólo estampa de época la frase del sacerdote que la confiesa, cuando a propósito de la pureza de su alma, dice de la joven que "al fin ha de ser una abadesa". Interesante es cómo el autor de inmediato rechaza esta opinión y, citando a La Bruyère, ve en la actitud de Leonor no más que falta de experiencia amorosa. Hay en esta contrastación de pareceres como un símbolo de dos épocas y de dos actitudes, una de religiosidad tradicional y pacata y otra moderna y positiva.

Escribía por esos años en Chile el guatemalteco Hermógenes de Irisarri, cuyo "Himno a María" revela una piedad honda y un cabal conocimiento de salmos y textos litúrgicos cristianos, que en parte al menos sus versos parafrasean. La estrofa inicial dice:

*Madre de gozos y de amores madre,
hija y esposa del Señor, que albergue
halla en tu seno inmaculado y puro,
Virgen María.*

De carácter liviano, jocosos incluso, son algunas otras composiciones de poetas menores, en torno del sacramento de la penitencia. Coinciden José Antonio Torres (1828-1864) y Adolfo Valderrama (1834-1902) en un tono jovial y simpático cuando muestran a una dama ya mayor confesando sus culpas. Dice aquél:

*—Me acuso, Padre, que un día
por las Delicias paseando
me iba absorta recreando
en un joven que venía
sus bigotes enroscando.
Y al pasar tan a su orilla
los ojos se me inflamaron,
y, ¡ay, mi Padre!, me asaltaron
tentaciones de chiquilla.*

La respuesta tranquilizadora quizás no agradó tanto a la dama: “Eso, hermana, no es gran cosa, / que a nadie dañan sonrojos / cuando están muertos los ojos / y la frente está rugosa”.

También en forma coloquial y ligera se desarrolla el poemita “El cura de la aldea”, de Valderrama. (Ambos textos pueden verse en la *Antología general de la poesía chilena*, de Raúl Silva Castro, 1959).

En la poesía ciertamente menor que ofrece la literatura chilena del resto del siglo XIX no encontramos poeta que prescinda del tema religioso. Algunos, como Domingo Arteaga Alemparte, lo tocan a propósito del sufrimiento (“Oda al dolor”); otros, como Luis Rodríguez Velasco, le dan entrada plena en poemas centrados en la tradición bíblica (“El beso del Paraíso”). Eduardo de la Barra compone dos estrofas bajo el título “El Cantar de los Cantares” y dedica a Menéndez Pelayo el poema “Gloria in excelsis Deo”. Carlos Walker Martínez, de honda y sincera fe, escribe el poema “A María”, a la cual llama madre, luz y guía. José Antonio Soffia dice en versos bastante rotundos que “Sólo merece en el suelo / el renombre de poeta / quien, derramando consuelo, / como un enviado del cielo / Dios, Patria y Amor respeta” y termina su soneto “Cielo” con este terceto:

*Pero otra voz responde a mi desvelo:
Un mundo buscó el genio y halló un mundo:
¡busque un cielo la fe y hallará un cielo!*

Nos dice Raúl Silva Castro en su citada Antología que Soffia tradujo siete salmos penitenciales de David y los dio a luz en un volumen de 1863. Valiente profesión de fe entraña, además, su poema "Creencia", que comienza: "Yo creo en Dios omnipotente y sabio". Y remata su soneto a "Dios" con una ciega confianza en el Señor: "porque fuera de Ti no hay esperanza".

Rodolfo Vergara Antúnez, Pedro Antonio González (recuérdese su obra "El monje"), Francisco Concha Castillo, Julio Vicuña Cifuentes complementan esta lista de poetas de fines de siglo que una y otra vez abordan en sus composiciones el tema de Dios, de la Virgen María y de los Santos, de la fe, etc. Con el último de los nombrados, ya se entra en la literatura de la presente centuria, en la que la lírica nacional alcanza un vuelo único, no sólo en Chile, sino en toda la América española. También la poesía religiosa se acrecienta y logra expresiones cimeras, dignas de la más exigente antología. Su estudio merece un artículo aparte, que se intentará en otra oportunidad. Baste por ahora únicamente señalar algunas líneas que podrían presidir tal trabajo.

Desde luego, la religiosidad suele darse en la heterodoxia o, más exactamente, al margen de cualquiera iglesia establecida. También la religiosidad aparece a menudo en un ámbito puro o principalmente estético, casi como elemento decorativo. Además hay que considerar la religiosidad vinculada al mundo aborígen. En fin, habría que estudiar un aspecto más intrincado, a saber, el de la religiosidad negativa, o sea, la que llega a Dios a través de la blasfemia y del insulto. Quizás procedería asimismo buscar los elementos religiosos sin Dios, si se permite la paradoja. En otras palabras: las frecuentes asomadas al abismo, a la trascendencia, a la inmortalidad, a lo eterno, mas con prescindencia —ya no sólo de iglesia, culto, sacerdote, etc.— sino de Dios mismo. Ciertamente, el punto exigiría una meditación y unas precisiones extensas.

Mas no todo es religiosidad marginal o de excepción. Dos sacerdotes aparecen en el siglo componiendo una lírica de interés centrada en líneas absolutamente canónicas. Son Luis Felipe Contardo y Francisco Donoso. La obra del primero está reunida en el libro *Cantos del camino*, en que alguna vez se asciende a cimas místicas y en que la temática toda es de estricta religiosidad. Don Francisco Donoso, en cambio, compone entre 1918 y 1950 siete poemarios, traspasados también de piedad, de sencilla y transparente mirada en amor a Dios y las cosas santas. *Las manos de Jesús* (1921) y *Myrrha* (1924) son títulos elocuentes. La suya es una poesía serena, de remanso, en que la contemplación no es arrebato, sino penetración sincera y sencilla en los misterios divinos.

También ortodoxa, desde el ángulo de la Iglesia Católica, es la poesía religiosa de Roque Esteban Scarpa, Eduardo Anguita y Miguel Arteche. La del primero, un tanto abstrusa e intelectual, aunque siempre profunda; la de Anguita, con asomos metafísicos y proclives vanguardistas; la de Arteche, en fin, el más constante entre los tres en el quehacer poético, muy vital y con

una suerte de rebeldía a veces violenta. Su poema "Golf" lo comprueba. Es la suya una poesía que no dista de la del Quevedo realista y patético, penetrador en el dolor humano y en la tremenda caducidad de las cosas sujetas al tiempo.

La Mistral tuvo un contacto intenso, de niña y de adulta, con las Escrituras. Entre sus libros preferidos menciona la Biblia como menciona también *La imitación de Cristo*. En su *Desolación* aparece Ruth moabita y se canta con fervor al pueblo judío. El Padre está presente en muchos de sus poemas. A Dios se recurre en apelación luego que su amado se quitó la vida, sin esperar el signo del altísimo. Con absoluta confianza, ella clama en "El Ruego", en "Interrogaciones" y en "Nocturno" por el que las leyes y el decir vulgar condenan. La mirada de Dios será sólo de amor y por eso habrá de perdonar. Se ve a Jesús niño cercado de luz y se ve a Jesús crucificado ("Al oído de Cristo"). El mundo no entiende este lenguaje de la poetisa y este lenguaje amoroso de Dios. Gabriela Mistral incursiona también y con maravillosa hondura en la religiosidad aborígen. Sus grandes "Himnos Americanos" del libro *Tala* lo comprueban. En tal caso, no se desliga de lo cristiano, sino que inserta formas de decir de una y otra religión. Sus poemas hablan de Viracochas y San Jorges, de Incas magos y viático comulgado, de letanías evocadoras de una religiosidad tradicional no menos que de mitos reveladores de mundos primitivos y misteriosos. Hace falta precisar los enfoques religiosos de la gran poetisa. Analizar sus influencias, sus recursos de estilo, su posible vinculación con teosofías y panteísmos. Y por cierto, no podría olvidarse su obra en prosa, en particular *Motivos de San Francisco*.

De menos fuerza que los de la Mistral, pero más similares en cuanto a métrica y algunos rasgos de estilo, son los poemas religiosos de Daniel de la Vega "Súplica por el niño ausente" y "Cuando tú llegues", este último acerca de la Parusía, uno de los aspectos de la Salvación, que más ha atraído a algunos escritores y pensadores chilenos; sobre todo a los de creencias milenaristas. Las dos estrofas postreras de aquella "Súplica" dicen:

*Pero mi pobre beso, Señor, no puede nada...
Ni apartarle la sombra, ni guardarle del frío,
ni acortarle el camino, ni ablandarle la almohada.
¡Qué poco puede un beso en el mundo, Dios mío!*

*Pero yo espero, espero. Aquí en mi pecho triste
está ardiendo en hoguera tu palabra divina.
Yo tengo fe, Señor, y tú ya nos dijiste
que al soplo de la fe la montaña camina...*

En Angel Cruchaga Santa María lo religioso aparece sobre todo en los libros iniciales: *Las manos juntas* (1915), *La selva prometida* (1920) y *Job*

(1922). De la ambientación bíblica de éste da buena cuenta el siguiente juicio de Mario Osses: "El libro de Job es una orquestación de rara riqueza, de varios tonos. Difluyen en él desde la sentencia optimista y constructiva asimilable al alma de los salmos y a veces de algunos cantares, hasta la desgarradora aflictiva que pulveriza todo designio del Eclesiastés". Permítase una cita de su poema "La aparición":

*En un monte apasible de ramajes oscuros
como aquellos del hondo Huerto de los Olivos
apareció el Maestro de los momento puros
llamado por el turbio tormento de los vivos...*

*Jesús penetró en la dulce tierra de Palestina:
armoniosa en David; potente en Salomón,
y recordó la muerte en la áspera colina
dando pétalo a pétalo su corazón.*

Interesante en el libro *Rostro de Chile* (1955) es el poema al Señor de la agonía, revelador de la continuidad de la inspiración religiosa del autor.

El caso de Vicente Huidobro es curioso. En su primer libro —*Ecos del alma*— que el poeta luego suprimiera de la lista de sus obras, se refleja una ingenua y sincera religiosidad adolescente. Más de un poema a la Virgen habla de la piedad del niño, educado en el colegio San Ignacio. Mucho después, perdida ya la fe, el poeta escribe para la Semana Santa de 1926 el poema "Pasión, pasión y muerte", más de una vez antologado (Anguita, Alone). Pide en uno de sus versos que se le perdone su habla profana, excusable en él que es esencialmente pagano. Están, de otra parte, sus ideas acerca de la poesía. El lenguaje que usa en manifiestos y artes poéticas proviene del lenguaje bíblico. Los términos más definatorios de esas ideas, en efecto, son "crear" y "pequeño dios".

Entre los poetas de la blasfemia, cabe citar a Pablo de Rokha.

Neruda ha hurgado poco, casi nada, en lo religioso. En *Crepusculario* (1923) está su poema inicial "Esta iglesia no tiene lampadarios votivos..." y la oración final por los amantes muertos (Pelleas y Melisanda). En "Morena la besadora" se siguen las formas del final del "Ave María". Después, prácticamente nada, como no sea alguna exclamación ("Dios me libre de inventar cosas cuando canto") y el aprovechamiento de ciertas formas propias de la letanía en fragmentos de "Alturas de Macchu Picchu".

El crítico Ignacio Valente ha destacado en más de un artículo de prensa la posible religiosidad de Nicanor Parra. Sería precisamente el caso de una poesía con sentido de trascendencia, con penetración en el absoluto y el más

allá, aunque al mismo tiempo sin recuerdo explícito de Dios ni de lo divino.

Precisamente en un polo opuesto a esta actitud se hallan diversos poetas muy jóvenes, que de modo directo explicitan en la poesía su fe y su adhesión intensa y sin reservas a la religión de Cristo. Ellos son, entre otros, Rosa Cruchaga, José Miguel Ibáñez Langlois y Joaquín Alliende. Cuentan entre los valores más serios del Parnaso chileno de hoy.

El Julio Barrenechea de *Ceniza viva*, Carlos René Correa, María Silva Ossa, Eliana Navarro y varios otros podrían ser citados también dentro de este artículo. Sus voces complementan con calidad un coro complejo y hermoso que, como ya se ha visto, alaba a Dios en la poesía chilena desde el albor mismo de su existencia.

